

ECLIPSE, EXTRAÑEZA, SOLEDAD LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL HORIZONTE DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

**ECLIPSE,
STRANGENESS,
LONELINESS**

THE SOCIAL SCIENCES
IN THE HORIZON OF
THE LATIN-AMERICAN
THOUGHT

Por **Sara Victoria Alvarado** / salvarado@cinde.org.co
Jaime Pineda Muñoz / jpineda@cinde.org.co
Pablo Ariel Vommaro / pvommaro@gmail.com

Sara Victoria Alvarado / Jaime Pineda Muñoz

Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud CINDE
Universidad de Manizales - Colombia

Pablo Ariel Vommaro

Instituto Gino Germani

Universidad de Buenos Aires - República Argentina

PALABRAS CLAVE

pensamiento
latinoamericano
emancipación
eurocentrismo

KEYWORDS

thought
Latin-American
emancipation
eurocentrismo

RESUMEN

El artículo transita los modos de configuración del pensamiento latinoamericano, como parte de un complejo proceso de múltiples experiencias. Pensamiento mestizo, híbrido y heterogéneo, analizado desde la Ilustración latinoamericana. ¿Quiénes somos? ¿Es posible hablar de un ser-latinoamericano? Si así fuera, ¿qué significa ser-latinoamericano? ¿Qué nombra Latinoamérica? Y entonces, ¿cuál es el desafío más apremiante del pensamiento latinoamericano? El trabajo indaga en los vestigios de otras narrativas en torno a la condición latinoamericana en las creaciones estéticas, que convulsionan los imaginarios de la dominación y que potencian los imaginarios de la re-existencia.

ABSTRACT

The article travels the manners of configuration of the Latin-American thought, since part of a complex process of multiple experiences. Half-caste, hybrid and heterogeneous thought analyzed from the Latin-American Illustration. Who are we? Is it possible to speak about a being-Latin American? If this way out, what does being-Latin American mean? What does name Latin America? And then, which is the most urgent challenge of the Latin-American thought. The work investigates in the vestiges of other narratives concerning the Latin-American condition in the aesthetic creations, which convulse the imaginary ones of the domination and which promote the imaginary ones of the re-existence.

Recibido: 05 | 09 | 2014

Aceptado: 28 | 11 | 2014



ECLIPSE, EXTRAÑEZA, SOLEDAD

LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL HORIZONTE DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

— | Por Sara Victoria Alvarado, Jaime Pineda Muñoz y Pablo Ariel Vommaro

En 1848, en el discurso conmemorativo de la Universidad de Santiago, el humanista venezolano Andrés Bello, figura sobresaliente de la Ilustración latinoamericana, y quien fuese maestro del libertador Simón Bolívar, escribió lo siguiente:

¿Estamos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea sin atrevernos a discutir las? [...] Nuestra civilización será juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea... ¡Cuál será el juicio que se formarán de nosotros un Michelet, un Guizot? Dirán, La América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía, y no se apropia de su espíritu... Aspirad a la independencia del pensamiento. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa (Gutiérrez, 1989: 240).

Su exhortación es clara: alcanzar la independencia del pensamiento. Bello lo asume como la primera enseñanza de la filosofía europea. Embriagado por las ideas filosóficas de la Ilustración en el viejo continente, alentado por las prácticas de los humanistas y de los revolucionarios franceses de finales del siglo XVIII y seducido por la respuesta a la pregunta ¿qué es la Ilustración?, Bello hace suya la primera afirmación del clásico ensayo escrito por Emmanuel Kant, en 1784:

La Ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía del otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y de valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: He aquí el lema de la Ilustración (Kant, 2006: 25).

La pretensión y el anhelo de Bello es que América se sirva de su propia razón, que supere su culpable incapacidad, que tenga la decisión y el valor suficiente para apropiarse de su espíritu, y que el pensamiento sea el reflejo de sus devenires, de sus huellas y de sus rasgos históricos. Es un signo de la época *pensar por sí mismo*.

La inquietud de Bello en torno a una América a la que no le es suficiente emanciparse del colonialismo europeo en sus formas políticas expresó el sentir de los pensadores del siglo XIX. La experiencia de la Ilustración latinoamericana, si bien mantenía una deuda innegable con los pensadores europeos, hizo posible un pensamiento capaz de retratar y de registrar las complejas tramas de su devenir histórico.

Así se configura uno de los tránsitos de lo que luego podríamos identificar como pensamiento latinoamericano. Es el momento en que los gritos de independencia y los anhelos de la razón dan paso a la construcción de un pensamiento en el que tienen lugar los modos de apropiación y de interpretación de los discursos filosóficos predominantes. La tensión se mantendrá viva: las formas del pensamiento latinoamericano serán testimonio histórico de un diálogo crítico con los paradigmas filosóficos de occidente. Al interior de esta tensión se debatirá el sentido del pensamiento latinoamericano.

Pensamiento mestizo, híbrido, heterogéneo; no es un esfuerzo *ex-nihil*, absolutamente original, libre de todo dominio, radicalmente propio; no es un pensamiento puro, clausurado en sí mismo; tampoco es la representación de las maneras del *ser-nativo*. El pensamiento latinoamericano no es una acometida ingenua, sino un complejo proceso de múltiples experiencias, aleatorias, emergentes, dislocadas. Una conversación permanente, un arte de la conversación, que, a la manera de William Ospina, termine por nombrar una conquista americana:

Tal vez termine siendo una conquista americana este esfuerzo por aproximar la inteligencia a la vida, por sazonar con un poco de reflexión, de perplejidad metafísica y de gracia verbal el fluir cotidiano de la existencia. Estamos lejos de soñar con vastos y definitivos sistemas. Maliciosos indígenas, desconfiamos de las respuestas totales tanto como del Estado, tan bueno en la teoría, tan oneroso en la práctica. Somos ladinos, oblicuos, indisciplinados, individualistas, proclives a la violencia primaria, pero (no todo podía ser error en este desorden) afortunadamente incapaces del nazismo y de sus enciclopedias de la infamia (Ospina, 1977: 111).

Estas palabras trasudan la belleza de una dedicatoria. Fueron escritas para rendir homenaje a Estanislao Zuleta. *El arte de la conversación*, así describe Ospina, no sólo el modo de proceder de Zuleta, sino el modo de ser del pensador latinoamericano. «Estamos lejos de soñar con vastos y definitivos sistemas», escribe el ensayista.

Nuevos lenguajes recorren siempre el paisaje inacabado de Latinoamérica y nuevas poéticas alientan las maneras de encarar la vida. En ello coincide el esfuerzo colectivo por pensar para Latinoamérica un nuevo sujeto histórico y un nuevo sujeto de conocimiento, tejido en la complejidad cultural de estas tierras, y la necesaria reinención histórica de la memoria. Así, pues, seguimos las huellas propuestas por Eduardo Galeano, quien insistía en esta necesaria reinención como modo de hacer pensamiento latinoamericano.

En la introducción a *Las venas abiertas de América Latina*, Galeano escribió:

Los fantasmas de todas las revoluciones estranguladas o traicionadas a lo largo de la torturada historia latinoamericana se asoman en las nuevas experiencias, así como los tiempos presentes habían sido presentidos y engendrados por las contradicciones del pasado. La historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será (Galeano, 2004: 22).

ECLIPSE

LA FE POÉTICA NO ES MENOS HUMANA QUE LA FE RACIONAL

Partimos de una inquietud radical, de una inquietud que nos revela los límites y los horizontes de una aventura del pensar que busca nombrar lo que somos. Es esta, por tanto, una aventura ontológica. ¿Quiénes somos? ¿Es posible hablar de un ser-latinoamericano? Si así fuera, ¿qué significa ser-latinoamericano? ¿Qué nombra Latinoamérica?

Es este un pensamiento en torno a lo que somos. Es decir, en torno a la manera en la que nos hemos constituido en algo: un imaginario simbólico, una práctica discursiva, un horizonte de sentido, una visión de mundo, un *habitus* social, una negación histórica, una reducción cultural, un momento del desarrollo, un teatro de la Guerra Fría, un área de libre comercio, un crisol del mestizaje, una cultura híbrida, un haz de diversidades. Una formación cultural abigarrada, podríamos decir, retomando al pensador boliviano René Zavaleta Mercado (1983).

Latinoamérica es también una ficción, algo que nos hemos inventado para nombrarnos entre dos paisajes metafóricos: *el nuevo mundo* y *el tercer mundo*. ¿Qué mundo somos? ¿El mundo del descubrimiento, de la conquista, de la colonia, de la república, de la aldea global? Lo único cierto es que somos con relación a un pasado olvidado, un presente impensado y una tentativa sin futuro. ¿Cómo comprendemos entonces el pensamiento latinoamericano? Quizás como una posibilidad histórica para renombrar lo que somos a partir de lo que han hecho de nosotros.

¿Cuál es entonces el desafío más apremiante del pensamiento latinoamericano? Responder por la inquietud radical en clave de la memoria, del arraigo y de la utopía. Y si estas respuestas, si las memorias, si los arraigos y las utopías nos permiten pensar algo del nosotros mismos, ¿es posible pensar en una condición latinoamericana?

¿Dónde encontrar el primer vestigio que nos permita el hallazgo de esas otras narrativas en torno a la condición latinoamericana? Creemos, con cierta fe-poética, no menos humana que la fe-racional, como sugería el poeta español Antonio Machado, que estos rastros se encuentran en las creaciones estéticas latinoamericanas, expresiones profundas de una intimidad histórica que se sabe a sí misma comparecencia ante la realidad.

En el acto creativo de poetas y de pintores, de ensayistas y de novelistas, convulsionan los imaginarios de la dominación y se potencian los imaginarios de la re-existencia. Intentamos escapar, así, del relato hegemónico de la historia; y, de la mano de nuevas arqueologías, re-construimos los gestos y las palabras de lo que hoy somos.

Primero la *conquista* y después la *colonia* fueron falseando la imagen de nuestras maneras de habitar. Se negó la memoria colectiva. Se asignó la pertenencia a extraños y a lejanos mitos fundacionales. A los habitantes de Abya Yala (*tierra en florecimiento, tierra del buen vivir*) se les ofreció un dilema inexorable: la conversión o la muerte. Incapaces de cualquier alteridad, los héroes del cristianismo humanista encubrieron la multiplicidad y la diversidad de saberes, de hábitos y de imaginarios de esta tierra.

Los discursos evangelizadores y colonizadores instauraron una identidad hegemónica y homogénea. Reducir a su mínima expresión las huellas de una civilización que recorrió otros caminos en el devenir de la historia.

En el Diccionario de la Real Academia de la lengua española, la palabra reducción conservó, en su segunda acepción, «pueblo de indígenas convertidos al cristianismo».

La conquista y la colonia fueron una reducción ontológica. La eliminación sistemática de una experiencia vivida, tanto de la realidad a la que pertenece como del sujeto que la dinamiza. Quienes arribaron a Abya Yala, buscaron fundar e inventar una segunda Europa en tierras amerindias. En una reducción ontológica es imposible la alteridad. Imposible para un evangelizador, para un renacentista, para un ilustrado. La doble universalidad: de la fe y de la razón. Para huir de esta doble universalidad, es preciso afirmar la esencial heterogeneidad del ser. Así lo concibió Octavio Paz, quien abre su obra *El laberinto de la soledad*, con una cita del poeta Antonio Machado. Su epígrafe responde a esta necesidad de fracturar el ser cuando se encuentra en reducción ontológica.

Lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en el que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en lo otro, en la esencial heterogeneidad del ser, como si dijéramos, en la incurable otredad que padece lo uno (Citado por Paz, 2004: 9).

La fe poética, tan humana como la racional, es una de las características, de los rasgos, del pensamiento latinoamericano; al menos de ese que se expresa como diversidad, como hibridación, como alteridad, como memoria de la multiplicidad que somos.

Fe poética significa fe en la alteridad, fe absoluta en el mestizaje, en las potencias creadoras de la heterogeneidad del ser. Quizás esta fe poética del pensamiento latinoamericano termine por hacer comprensible la búsqueda de Aníbal Quijano:

[...] Es tiempo de aprender a liberarnos del espejo eurocéntrico donde nuestra imagen es siempre, necesariamente, distorsionada. Es tiempo, en fin, de dejar de ser lo que no somos (Quijano, 2005: 262).

¿Hacia dónde nos conduce esta búsqueda? ¿Este dejar de ser lo que no somos? ¿Este tiempo en el que es urgente liberarnos del espejo eurocéntrico? ¿Cómo es esta imagen distorsionada? ¿Qué refleja? ¿En qué singular metamorfosis Abya Yala se transforma en Latino-América? ¿Dónde rastrear las huellas de esta metamorfosis, de esta distorsión, de esta

perturbación de la tierra del buen vivir? ¿Dónde buscar este prolongado eclipse en el que hemos vivido?

La palabra eclipse proviene del griego *ἔκλειψις* y significa ‘desaparición’. Por un instante, nuestros sentidos, nuestra percepción, nuestra mirada, nuestro entorno, se ven perturbados. Creemos en el ocultamiento total o transitorio de un astro, en su oscurecimiento transitorio. Imaginamos una fugaz desaparición. Iluminada por el sol, la Tierra proyecta una sombra alargada en forma de cono. La luna penetra por completo en el cono de sombra, o su propia sombra alcanza la Tierra. En un instante de la bóveda celeste, abierta y en expansión, todo se transfigura. El anonimato de los cuerpos celestes se desvanece en la sombra que se interrumpe o en la sombra que se proyecta. En una superficie de la Tierra todo es *a-sombro*.

Eclipse es también el título de un cuento del escritor guatemalteco Augusto Monterroso. Una historia que nos sitúa ante el asombro de una memoria lejana. Monterroso atrapa en este cuento la tensión entre dos mundos, entre dos visiones; expone la fricción entre dos cuerpos, históricos y culturales. Uno que pretendía eclipsar hasta el más absoluto oscurecimiento a otro que jamás temió a la presencia amenazadora de la sombra que proyectaba.

Monterroso cuenta la historia de un fraile que acepta su muerte lejos de su tierra natal, que acepta su muerte en un lugar extraño que intenta hacer propio. Monterroso cuenta la historia de una tribu indígena dispuesta a ofrecer el cuerpo del fraile como sacrificio para sus dioses. Fray Bartolomé Arrazola, representante del mundo hispánico-colonial, exponente de la vocación humanista cristianizada del periodo de la conquista; perdido en una Selva exuberante, plena de formas vivas e intensas. Una rara creación de Dios habitada por nativos que aún no se entregan ante la alianza de Abraham ni ante la felicidad de Aristóteles.

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora. Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo. Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas. Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida. –Si me matéis –les dijo– puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura. Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén. Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos

de la comunidad Maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles (Monterroso, 2007: 53-54).

Augusto Monterroso habla de una comunidad cuya complejidad y cuya riqueza aún hoy son inexplicables. Sin la valiosa ayuda del Estagirita, sin ninguna inflexión en la voz, sin los diálogos de Platón ni las tablas de Moisés, Monterroso pone en evidencia el saber milenario y ancestral de las culturas denominadas prehispánicas.

Fray Bartolomé intentó salvar su vida apelando a lo más extraordinario de su cultura mediterránea; mientras la comunidad maya vio consumarse el sacrificio del cuerpo de fray Bartolomé apelando a su extraordinario conocimiento del cosmos. Fray Bartolomé no pudo sorprender ni asombrar a los indígenas mayas, tampoco pudo moverse entre la exuberante topografía de la selva guatemalteca. Occidente no pudo eclipsar nuestra «tierra natal». Al menos en esta ficción literaria, no fuimos sometidos.

EXTRAÑEZA

HACIA LOS PAISAJES DE LA MELANCOLÍA Y DE LA NOSTALGIA

Cuando hablamos de Latinoamérica, hablamos de una tierra en extrañeza. El lugar que habitamos, esta ficción que se debate entre los paisajes del mundo originario, los paisajes del nuevo mundo y los paisajes del tercer mundo, ha tenido que reconstruir los lazos con lo mundano y con lo sagrado a partir de la melancolía de los pobladores originarios, de la nostalgia de los invasores y de la desolación de los esclavos sin raíces. Todo lo que nombramos de este lugar está inscrito en la pérdida de la tierra natal. Su realidad sigue siendo reciente; aún permanece en extrañeza.

Los pobladores originarios tuvieron que reconquistar sus territorios; los evangelizadores y los conquistadores forzaron el viejo mundo en el nuevo mundo; los que vendieron como esclavos terminaron evocando *mamá-áfrica* en las exhalaciones de sus cuerpos.

Quizás no podríamos ser más que herederos de múltiples desarraigos, del devenir de melancolías, de nostalgias y de desasosiegos; la experiencia de una radical extrañeza hace que sea cada vez más difícil comprender el lugar que habitamos. Pese a esto, hoy nos exigen responder quiénes somos, saber qué han hecho de nosotros y hacer algo con lo que han hecho de nosotros. Tal vez los esfuerzos del pensamiento latinoamericano no sean más que enormes abismos en los cuales ya no vale la pena arrojarse, porque quizás el tiempo de una pregunta ya nos ha costado el olvido de las primeras respuestas.

¿Quién podría hablar hoy de sus raíces? ¿Cómo podría en Latinoamérica reclamarse la *tierra natal*? Atendemos a señales y a signos de un pensamiento emergente, un acontecimiento que tiene la edad de nuestros paisajes. Atendemos a una exigencia poética y señalamos el camino: evocar, recordar, asaltar el pasado y volver sobre él.

El pensamiento latinoamericano se expresa como memoria de la tierra; pretende (re) crear el lugar que somos. Responde, así, a una emergencia colectiva, a una necesidad compartida por saber algo de sí; que pretende ser alguien y no más bien nadie. Deseo de darse un nombre

político, un relato biográfico, una narración histórica. En el instante en que nos preguntamos, no *¿quiénes somos?*, sino *¿qué han hecho de nosotros?* En el instante en el que brotan y se desatan, en el que aparecen y se desencadenan las preguntas que nos atormentan.

Uno escribe para tratar de responder a las preguntas que le zumban en la cabeza, moscas tenaces que perturban el sueño, y lo que uno escribe puede cobrar sentido colectivo cuando de alguna manera coincide con la necesidad social de respuesta (Galeano, 2004: 340).

¿Qué han hecho de nosotros? Expresión sincrética de mezclas; composición exuberante de ritos, de saberes y de prácticas. El destino de las colonias debilitadas en manos de un general francés que perdió la guerra en Waterloo; el destino de las repúblicas emergentes en manos de un general en su laberinto que perdió el juicio en la Quinta de San Pedro Alejandrino.

Así se debe morir y no en este peregrinaje vergonzante y penoso por un país que ni me quiere ni piensa que le haya yo servido en cosa que valga la pena (Mutis, 2004: 92).

El Simón Bolívar de Álvaro Mutis es el último rostro del oscuro otro del lluminismo. El último rostro de una generación trágica, invención poética del escritor exiliado en los laberintos del libertador. Generación trágica como sólo nosotros sabemos ser trágicos. Tragedia de una época necesitada del pasado para poder comprenderse con rigor en el presente.

La generación trágica hereda las situaciones de la antigüedad clásica: la Antígona que somos, como decía el maestro Santiago García. La mujer sin consuelo que no puede hacer los rituales funerarios a Polinices por las órdenes del Rey. La hermana y la madre sin consuelo que no pueden enterrar a sus muertos, que no pueden devolverlos a la tierra, que no pueden hacerlos memoria, evocación y recuerdo.

¿Qué son las Madres de la Plaza de Mayo en Buenos Aires? Antígonas enfrentando las ausencias de los desaparecidos. *¿Qué son las Madres de Negro en Medellín?* Antígonas que no quieren soportar lo que ya soportaron las Madres de la Plaza de Mayo. Crónica de una tragedia, y también de una resistencia, expresión histórica que sólo el poeta y el artista pueden recrear incesantemente, incansablemente.

Sólo en un verso o en un lienzo se pueden filtrar la memoria y la vida en tiempos del olvido y la muerte. Extraño acontecimiento, extraña falta, extraña ausencia: la memoria de la tierra (nuestra memoria de la tierra) condenada por el olvido. Eso de haber sido *descubiertos* por el viejo mundo y *encubiertos* por el mundo colonial, arrasó la memoria íntima de los otros, los que se vieron confinados y reunidos bajo una misma lengua, un único dios y una única razón.

Cuando arribaron a ¡tierra firme! y desembarcaron como «guerreros de Cristo» vociferaron: «¡En nombre del hombre! ¡En nombre de Dios!». Se instalaron con sus cruces y con su técnica, fundaron el *nuevo mundo* con las ideas del *viejo mundo*; borrarón las huellas y las inscripciones míticas y tatuaron la tierra con la dureza de las palabras que pretenden la eternidad. Ahora la memoria es universal, el patriarca es un hebreo del lejano Ur, y la historia es una secuencia bélica de conquistas religiosas.

Nosotros, nos quedamos en el lugar del llano.

El llano no es cosa que sirva... Vuelvo hacia todos lados y miro el llano. Tanta y tamaña tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga... Pero nosotros, cuando tengamos que trabajar aquí, ¿qué haremos para enfriarnos del sol, eh? Porque a nosotros nos dieron esa costra de tepetate para que la sembráramos... Nosotros paramos la jeta para decir que el llano no lo queríamos. Que queríamos lo que estaba junto al río. Del río para allá, por las vegas, donde están los árboles llamados casuarinas y las paraneras y la tierra buena. No este duro pellejo de vaca que se llama el llano (Rulfo, 2003: 138).

Al lugar que quedaron desterrados los que otrora habían fundado los lugares y sus toponimias, y que ahora, en nombre de las nuevas prácticas y de las duras reducciones se renombran y se redistribuyen. El nuevo bautismo sacramental de los lugares que habitamos, desde el amanecer de los Incas hasta el ocaso de los piqueteros. Los condenados del náhuatl y del quechua. Desenlace funesto, como lo advertía Jean Paul Sartre, en septiembre de 1961, de los hijos de Malinche:

En las colonias, la verdad aparecía desnuda; las metrópolis la preferían vestida; era necesario que los indígenas las amaran. Como a madres, en cierto sentido. La élite europea se dedicó a fabricar una élite indígena; se seleccionaron adolescentes, se les marcó en la frente, con hierro candente, los principios de la cultura occidental, se les introdujeron en la boca mordazas sonoras, grandes palabras pastosas que se adherían a los dientes; tras una breve estancia en la metrópoli se les regresaba a su país, falsificados. Esas mentiras vivientes no tenían ya nada que decir a sus hermanos; eran un eco... (Sartre, [1961] 1973: 5).

Una imitación, escribía Frantz Fanon; imitación de Europa, de su condición humana, de su estilo y de su técnica. Como recordando a Andrés Bello, el proemio de este escrito.

Cuando busco al hombre en la técnica y el estilo europeos veo una sucesión de negaciones del hombre, una avalancha de asesinatos [...]. Decidamos no imitar a Europa y orientemos nuestros músculos y nuestros cerebros en una dirección nueva. Tratemos de inventar al hombre total que Europa ha sido incapaz de hacer triunfar (Fanon, [1961] 1973: 289).

SOLEDAD PARA SABER ALGO DE NOSOTROS MISMOS

¿Qué hacer, entonces, con lo que han hecho de nosotros?

Pronto se celebrarán los quinientos años de la llegada de Colón y ya va siendo hora de que América se descubra a sí misma. El rescate del pasado forma parte de esta urgente necesidad de revelación. ¿Y dónde resuenan, porfiadamente vivas, las voces que nos ayudan a ser? ¿Arriba y afuera, o abajo y adentro? ¿En la civilización o en la barbarie? (Galeano, 2006: 16).

Resuenan en el arte, en la experiencia estética latinoamericana. Resuenan en la Comala que somos, en el llano que habitamos. Allí donde se busca el fantasma de Pedro Páramo, ese recuerdo que no cesa de ocultarse y de manifestarse.

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi Padre, un tal Pedro Páramo. Mi Madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera (Rulfo, 2003: 9).

Vine a un lugar, me dijeron que acá vivía uno de mis recuerdos. ¿Quién es el Padre de Latinoamérica? Los parias de la Modernidad europea, réplicas coloniales de las metrópolis, realizaciones funcionales del Humanismo, se preguntan: ¿Quién era mi padre? El tono de su pregunta es también el tono del asesino:

Las bocas se abrieron solas; las voces, amarillas, negras y mestizas, seguían hablando de nuestro humanismo, pero fue para reprocharnos nuestra inhumanidad (Sartre, 1973: 7).

Cuando llegaron, ¿no vieron a mi Padre? Vine a un lugar, mi antiguo hogar, allí donde crecía y donde florecía al sol del mediodía. Vine a este lugar porque aquí me dijeron que podía encontrar a Pedro Páramo. He venido a cobrarle caro su olvido:

No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro (Rulfo, 2003: 9).

La experiencia estética es una experiencia que expresa la vida íntima, la vida afectiva, la plenitud poética del Ser. Sólo el arte conserva y explora la vida pletórica y exuberante, la vida como acontecimiento; vida excesiva, vida desaforada, desbordada. Latinoamérica vive en sus creaciones estéticas, en Latinoamérica se expresa la vida como obra de arte.

El tamaño de nuestra soledad sólo puede comprenderse en el arte, la grandeza de nuestros sueños, también.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y de originalidad se conviertan en una aspiración occidental [...] Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de un cambio social; por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes. No. La violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y de amarguras sin cuento, y no una confabulación urdida a tres mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad (García Márquez, 2002: 389).

Este es el nudo de nuestra desesperanza, el drama de nuestra experiencia histórica, hasta desfallecer. Un pensador latinoamericano, poeta que es, puede medir en sus palabras el tamaño de la *soledad latinoamericana*, la tensión entre Comala y Macondo; la tez mestiza y

la cultura híbrida, el claroscuro de nuestro rostro, el gesto innombrable de esta estirpe que inventa su lugar, inscribe su memoria, existe en los laberintos del olvido y de la soledad.

Los inventores de fábula, que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra (García Márquez, 2002: 394).

Nuestra respuesta es la vida. Nuestro medio es el arte. Nuestra búsqueda es estética. Nuestro destino es crear. Inventar el llano y la tierra que nos han dado. Nuestra manera es no-ser como ellos.

Los inventores de fábulas ya nos obligaron a creer en esta fábula que se llama América Latina. Nuestra edad y nuestra geografía. Nuestra soledad y nuestra compañía. La nuestra, tan universal como la ajena. Pero aun en nuestra tierra surcan los recuerdos de todo cuanto somos y que no se deja capturar. Como decía Octavio Paz, a propósito de la experiencia mexicana:

Cualquier contacto con el pueblo mexicano, así sea fugaz, muestra que bajo las formas occidentales laten todavía las antiguas creencias y costumbres. Esos despojos, vivos aún, son testimonio de la vitalidad de las culturas precortesianas (Paz, 2004: 98).

Testimonios vivos del oscuro otro del iluminismo, que pese a los proyectos pavorosos de la hegemonía absoluta del colonialismo y de la globalización, aún perviven en las márgenes como experiencia estética que se ocupa de la vida, compleja y portentosa, aun siendo tan doliente y tan corta. Nuestra respuesta es la vida. La aventura de García Márquez resuena en el pensamiento latinoamericano. Resonaba antes de que el nobel lo afirmara, en 1982.

Pensamiento vivo que se filtra y que se disuelve en la literatura y en la pintura. Pensamiento intensivo donde un chamán emerge con delirio poético en un ritual amazónico, mientras un cura declara en una favela de Río de Janeiro que los pueblos de Dios también se emancipan de sus tiranos en la tierra. Extraña manera de ser-en-el-mundo, pero aquí estamos. Envueltos en nuestros lazos cimentados en la soledad. Ora en la negación, ora en la reducción, ora en la expropiación; en el desconsuelo de un naufragio que aún no se detiene. Imbricados como sólo nosotros podíamos pensarlo y saborearlo, estéticamente, en una dialéctica de la soledad.

La soledad, el sentirse y el saberse solo, desprendido del mundo y ajeno a sí mismo, separado de sí, no es característica exclusiva del mexicano. Todos los hombres, en algún momento de su vida, se sienten solos; y más: todos los hombres están solos. Vivir es separarnos del que fuimos para internarnos en el vamos a ser, futuro extraño siempre. La soledad es el fondo último de la condición humana (Paz, 2004: 211). ■■■■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FANON, Frantz ([1961] 1973). *Los condenados de la Tierra*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

GALEANO, Eduardo (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. México D.F.: Siglo XXI.

_____ (2006). *Ser como ellos y otros artículos*. México D.F.: Siglo XXI.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (2002). «El tamaño de nuestra soledad». En A.A.VV. *Memorias de América Latina*. (387-417). Caracas: Universidad Central de Venezuela.

GUTIÉRREZ, Rafael (1989). *Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis.

KANT, Emmanuel (2006). *Filosofía de la historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

MONTERROSO, Augusto (2007). *Obras completas (y otros cuentos)*. México D.F.: Biblioteca Era.

MUTIS, Álvaro (2004). *La muerte del estratega: narraciones, prosa y ensayos*. México D.F.: Fondo de cultura económica.

OSPINA, William (1977). «El arte de la conversación». En Valencia, Alberto (ed.). *Conversaciones con Estanislao Zuleta*. (pp. 9-16). Cali: Fundación Estanislao Zuleta.

PAZ, Octavio (2004). *El laberinto de la soledad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

QUIJANO, Aníbal (2005). En Lander, Edgardo (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

RULFO, Juan (2003). *Pedro Páramo y el llano en llamas*. Barcelona: Planeta.

SARTRE, Jean Paul ([1961] 1973). «Prefacio». En Fanon, Frantz. *Los condenados de la Tierra* (pp. 5-16). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

ZAVALETA MERCADO, René (1983). *Las masas en noviembre*. La Paz: Juventud.